

“Porque Él Vive”

Narraciones

Aldeano de Betania

Como aldeano de Betania, había celebrado muchas Pascuas con mi familia. Pero había algo diferente en este año. El Nazareno venía... Aquel a quien llamaban Jesús. Se había corrido la voz de que era un gran maestro, que sanaba a los enfermos e incluso resucitaba a los muertos. Pero más que eso, sus seguidores susurraban que Él era el Santo que habíamos estado esperando. ¿Podría ser cierto?

Mientras estaba fuera de mi casa con amigos, cuestionando estas mismas cosas, se acercaron dos hombres. En lugar de saludarnos, procedieron a desatar mi potrillo más joven, que estaba junto a su madre, y luego comenzaron a llevárselo. ¡Quedé asombrado! Rápidamente me acerqué a ellos gritando: "¡Deténganse! ¿Por qué hacen esto?"

Uno de ellos se volvió hacia mí y dijo simplemente: "Mi Señor lo necesita".

Me quedé congelado en mi lugar y luego me escuché decir: "Sí, por supuesto. Vayan en paz".

Me senté durante largos momentos mirando el camino vacío, preguntándome. (pausa, **comienza la música**)

Primero lo oí suavemente: las voces de personas que venían por la colina acercándose. Estaban emocionados, sí. Pero era más que eso. Estaban jubilosos, vitoreando con alegría y arrojando ramas de palma, follaje e incluso su propia ropa como una alfombra en el suelo.

Nunca olvidaré la majestad de ese momento cuando el hombre llamado Jesús giró la esquina, rodeado de grandes multitudes de personas que lo honraban como Rey de los Judíos... montando mi potrillo.

“¡Hosana!”

Juan el Amado

Lo estaban alabando en las calles, gritando hosannas mientras entraba en la ciudad. ¿Cómo podía saber que al final de la semana, todo cambiaría?

En la noche de la Pascua, nos llevó a nuestro pequeño grupo a un aposento alto. Mientras estábamos allí, nos habló del amor, llamándolo un mandamiento nuevo. Elevó el amor al nivel más alto, y luego se inclinó como un humilde sirviente para lavar el polvo de nuestros pies. Enseñó que el amor viene envuelto en obediencia, y que un hombre no podía tener mayor amor que dar su vida por un amigo. No me di cuenta... en ese momento se estaba preparando para dar su propia vida, no solo por un amigo, sino por toda la humanidad.

Verdaderamente, Su amor por nosotros era más profundo de lo que podía imaginar. ¿Sería posible para mí aprender a amar a otros con esa misma intensidad? El pensamiento era abrumador.

Después de la cena, fuimos a un jardín en el Monte de los Olivos, un lugar favorito del Maestro. Me pidió que lo esperara con Pedro y Santiago mientras Él oraba. Por supuesto, lo esperaría. ¡Cómo lo amaba! Y qué honrado me sentía de ser llamado por Él, Juan el Amado.

Mientras lo veía caminar lentamente por el sendero hacia su lugar privado de oración, mi corazón se llenó de amor, y sentí en pequeña medida esa paz de la que había hablado. (pausa)

La hora era tarde y la comida de la noche pesaba sobre mí. Lo esperaría, sí, pero quizás no importaría si cerrara los ojos por un momento. (**comienza la música**) No sabía que mientras dormía, mi Salvador ofrecería el mayor sacrificio que el mundo haya conocido... por amor.

“Getsemaní”

Pedro

Traicionado con un beso. ¿Qué pensamiento perverso había elegido este símbolo de amor para un propósito tan vil? Más temprano, el Señor insistió en que yo, Pedro, también lo negaría. ¡Imposible! Yo lo defendería con mi vida.

Y sin embargo, todo sucedió tan rápido que terminó antes de que supiera qué hacer. Observé, agazapado detrás del árbol, cómo la Guardia del Templo se llevaba al Señor encadenado. ¿Cómo podía ser esto? Nunca había nacido un hombre más amable, honesto y sabio. De hecho, yo adoraba a Sus pies. Y sin embargo, Su vida estaba en peligro en manos de hombres "santos", cuyo trabajo era protegernos del mal.

Sí, mi Maestro me necesitaba, y sabía que debía encontrarlo y ayudarlo. ¿No haría Él lo mismo por mí si yo estuviera en problemas?

Rápidamente, me apresuré por el camino, dentro del alcance del sonido, pero no de la vista, de ese pequeño ejército de infieles. Si me hubiera detenido a pensar en el peligro que acechaba más adelante, dentro del Palacio del Sumo Sacerdote, tal vez no habría continuado. Seguramente, cualquier discípulo de Jesús estaría en peligro en el antro de Sus enemigos.

Pero no me detuve a pensar. Todo lo que sabía era que el Maestro estaba en peligro. ¿Cómo podría dejarlo solo? Lo había seguido desde el día en que escuché Su voz por primera vez a orillas del mar de Galilea. Lo seguiría ahora.

“Le sigo”

Pilato

El día comenzó de manera bastante normal para un gobernador de Roma. Pero antes de que tuviera oportunidad de desayunar, fui urgentemente llamado al Salón del Juicio. Allí, en el patio, me recibió una reunión de lo más inusual: los principales sacerdotes y ancianos de la jerarquía judía. Estaban en una discusión airada, gritando acusaciones contra alguien que afirmaba ser un rey. ¿Y quién era el objeto de sus burlas y mofas?... un hombre solitario que parecía humilde y gentil.

Cuando le pregunté a este hombre si de verdad afirmaba ser rey, respondió simplemente: "Tú lo dices". No pude encontrar falta alguna en Él, pero esos fariseos hipócritas insistían en que era culpable de sedición. Ahora bien, Roma no tolera ningún rey salvo César, pero este hombre no representaba una amenaza para César, y yo no quería respaldar sus mezquinas envidias. Aun así, necesitaba su apoyo. Y cuando amenazaron con provocar problemas con César, supe que estaba atrapado.

Aunque entrevisté a este hombre una y otra vez, cada vez estaba más convencido de Su inocencia. Incluso mi esposa me suplicó que no tuviera nada que ver con Él.

Intenté llevar el asunto al pueblo, pero las multitudes en el palacio esa mañana estaban enloquecidas y respaldaban firmemente a Caifás y a su infiel colección de víboras. La venganza estaba en sus corazones y no se podían apaciguar. "¡Crucificalo!", gritaban. "¡Crucificalo! ¡Él dice ser el Hijo de Dios!"

¿El Hijo de Dios? Por supuesto, eso no podía ser... Pero había algo en la forma en que este hombre me hablaba que...

Bueno, eso ya no es asunto mío. Me lavé las manos de todo. No hay culpa de mi parte. Y creo que tampoco hay culpa en este hombre. La culpa... está envuelta en las almas de los que estaban en el patio del palacio.

“¡Crucifiquenle!”

Simón de Cirene

Las calles de Jerusalén estaban llenas de gente cuando entré en ellas. Había sido un largo viaje para mí, Simón de Cirene, y estaba feliz de llegar finalmente. Al principio, no noté la bulliciosa procesión que descendía por la calle principal... solo otro criminal condenado al Gólgota. Pero hubo algo que llamó mi atención, y me acerqué para mirar.

"¿Quién es este hombre?" Murmuré más para mí mismo que para alguien más. Apenas había notado a la mujer junto a mí, una mujer del pueblo, sumida en un profundo luto. Pero su voz respondió a mi pregunta, quebrada por la emoción.

"Es Jesús de Galilea, el Mesías prometido."

No. ¿Cómo podía ser? Seguramente el Rey de los Judíos no sería arrastrado por una calle con una corona de espinas sobre un cuerpo roto y golpeado. Y, sin embargo... sus ojos...

"¡Tú! ¡Ahí!" Antes de que pudiera responder, los soldados romanos me agarraron y me llevaron al lado del prisionero, quitando el peso de la cruz de Sus hombros y colocándolo sobre los míos. *(comienza la música)* El peso era abrumador, pero de alguna manera, había un poder en el aire, y mientras avanzaba lentamente hacia la colina del cráneo, me sentí honrado de caminar junto a este hombre.

¿Podría la anciana tener razón? Si Él era realmente el Mesías, estas personas estaban cometiendo un terrible y trágico error.

“¡Crucifíquense! (Repetición)”

Centurión

Oscuridad... Fue la oscuridad lo que me hizo notar; una oscuridad profunda y opresiva que se asentó sobre toda la tierra. Algo era diferente aquí. Como centurión, había presenciado muchas crucifixiones, y me había vuelto insensible al dolor y al sufrimiento. Pero no era el tormento de esta víctima lo que me atrapaba, aunque ciertamente estaba presente; era la paz, el control y, sobre todo, el amor. Esto convirtió esta aparente tragedia en un acto de "adoración".

A medida que la oscuridad descendía, Él miró a mis hombres, entrenados en brutalidad, la fuente de Su agonía, y luego pidió a Su Padre que los perdonara. Atónito, busqué a Su Padre, sin duda alguien de gran poder con la capacidad de perdonar una acción tan bárbara, pero no vi a nadie.

Sí vi a Su madre, al igual que Él, llorando a Sus pies. Con total ternura, pidió a un amigo que cuidara de ella y la tomara como su propia madre. Luego consoló a los pobres ladrones que colgaban junto a Él y les prometió que los encontraría en el paraíso. Aquí no había autocompasión, solo preocupación por los demás.

¿Quién era este hombre? El letrero sobre Su cabeza proclamaba: "Rey de los Judíos". Era extraño. Si Él era su Rey, ¿por qué lo estaban matando?

Desde lo más profundo de esta escena, mezclada tan extrañamente con esperanza y desesperación, vino un grito fuerte, un grito terrible: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?" Algunos de mis hombres pensaron que llamaba al profeta Elías y le ofrecieron vinagre para beber, pero yo no. Me acerqué para mirar a este hombre que conocía tan bien a Dios.

Al acercarme, Él pronunció Sus últimas palabras: "Consumado es. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Ahí estaba de nuevo. Padre. ¿Podría ser... me atrevería a pensarlo?

Pero mis pensamientos fueron interrumpidos por el oscuro retumbar de una tormenta que de repente se hizo más fuerte y violenta. Apenas podía mantenerme en pie, pues la tierra se estremecía y gemía bajo mis pies. La misma tierra parecía estar en un terrible luto por la muerte de este hombre. ¿Un hombre mortal? (*comienza la música*) No. Un nuevo pensamiento llenó mi corazón, trayendo lágrimas a mis ojos y alegría a mi alma.

Volví a mirar el rostro del que estaba en la cruz. "¡Verdaderamente, este era el Hijo de Dios!"

“Calvario”

María Magdalena

Me sentí tan impotente, viéndolo morir. No había nada que pudiera hacer por mi Señor, solo llenar el aire con mis lamentos de tristeza. Pero ahora esperaba impacientemente a que terminara el Sabbat y llegara la mañana en que pudiera realizar un último acto de servicio amoroso: unguir Su cuerpo para el entierro.

Era muy temprano cuando la otra María y yo salimos hacia el sepulcro. (**comienza la música**) Aún quedaban rastros de oscuridad, pero había una promesa en el aire y estábamos ansiosas por la tarea que teníamos por delante. Al llegar al sepulcro, nos sorprendimos y asustamos por lo que vimos.

“No está ahí”

María Magdalena

El ángel me dijo que le dijera a los discípulos que Él no estaba allí. Corrí más rápido de lo que sabía que era posible, y mis pensamientos parecían moverse tan rápido como mis pies. ¿Por qué se había ido? ¿Y qué quería decir el ángel cuando dijo, "Él ha resucitado"?

Dudaba que los otros discípulos creyeran lo que estaba a punto de contarles. La mayoría no lo hizo, excepto Pedro y Juan. Esos dos no se detuvieron a pensar, sino que corrieron al sepulcro para verlo por sí mismos. Yo los seguí, sin saber qué más hacer.

Mientras me quedaba afuera del sepulcro, las lágrimas se me acumulaban en los ojos. Pensaba en mi gran amigo y maestro. ¿Por qué alguien habría tomado Su cuerpo? Mientras lloraba, un hombre se acercó y me preguntó por qué lloraba. Pensé que era el jardinero, y le rogué que me ayudara a encontrar el cuerpo de mi Señor.

Él me habló con una sola palabra. "María". (**comienza la música**) ¡Era mi amado Maestro! ¿Cómo no había reconocido esa voz antes? La alegría que llenó repentinamente mi alma fue tan exquisita como había sido el dolor. Él había resucitado de verdad, tal como dijo el ángel. Seguramente, esta fue la mañana más gloriosa de mi vida; no, más que eso, la mañana más gloriosa que el mundo jamás haya conocido.

“Porque Él vive”